

En camino

Generación sin despedida

Somos la generación sin vínculo y sin profundidad. Nuestra profundidad es abismo. Somos la generación sin suerte, sin hogar y sin despedida. Nuestro sol es estrecho; nuestro amor, cruel, y nuestra juventud carece de juventud. Y somos la generación sin frontera, sin inhibiciones ni protección..., expulsada de las andaderas de la infancia a un mundo que nos han preparado los que por ello mismo nos menosprecian.

Sin embargo, no nos dieron un Dios que habría podido sostener nuestro corazón cuando se arremolinaron a su alrededor los vientos de este mundo. Así pues, somos la generación sin Dios, por cuanto somos la generación sin vínculo, sin pasado, sin reconocimiento.

Y los vientos del mundo, que han convertido nuestros pies y nuestros corazones en gitanos sobre las calles ardientes y cubiertas de una capa de nieve de la altura de un hombre, hicieron de nosotros una generación sin despedida.

Somos la generación sin despedida. No podemos vivir despedida ninguna. No lo tenemos permitido, puesto que a nuestro corazón gitano le suceden despedidas interminables durante la odisea de nuestros pies. ¿O ha de vincularse nuestro corazón durante una noche que, después de todo, tiene una despedida al amanecer? ¿Soportaríamos la despedida? Y si quisiéramos vivir las despedidas co-

mo vosotros, que sois distintos de nosotros y probasteis la despedida en cada segundo, podría entonces ocurrir que nuestras lágrimas crecieran hasta formar una marea que ningún dique sería capaz de contener ni aunque hubiera sido construido por nuestros primeros padres.

Nunca poseeremos la fuerza de vivir la despedida que está junto a cada kilómetro de la carretera, como vosotros la habéis vivido.

No nos digáis que, porque calla, nuestro corazón carece de voz, pues no hablan vínculo ni despedida alguna. Si nuestro corazón fervoroso, doliente, consolador, quisiera regar con sangre cada despedida que nos ocurre, entonces podría suceder, dado que nuestras despedidas son legión frente a las vuestras, que el grito de nuestros sensibles corazones fuera tan grande que vosotros os sentaseis por la noche en vuestras camas e imploraseis un Dios para nosotros.

Por eso somos una generación sin despedida. Negamos la despedida, la dejamos por las mañanas dormida cuando nos vamos, la evitamos, nos la ahorramos..., nos la ahorramos a nosotros y a los despedidos. Nos escurrimos de ella como ladrones, ingratamente agradecidos, y tomamos el amor y dejamos ahí la despedida.

Estamos llenos de encuentros, encuentros sin duración y sin despedida, como las estrellas. Se acercan, permanecen segundos luz unas junto a otras, se vuelven a alejar: sin rastro, sin vínculo, sin despedida.

Nos encontramos bajo la catedral de Smolensk, somos un hombre y una mujer... y luego nos escabullimos.

Nos encontramos en Normandía y somos como los padres y el hijo... y luego nos escabullimos.

Nos encontramos una noche junto a un lago finlandés y estamos enamorados... y luego nos escabullimos.

Nos encontramos en una granja de Westfalia y somos el sibirita y el convaleciente... y luego nos escabullimos.

Nos encontramos en un sótano de la ciudad y somos los hambrientos, los fatigados, y recibimos a cambio de nada un sueño bueno y pleno... y luego nos escabullimos.

Nos encontramos en el mundo y somos hombre con hombre... y luego nos escabullimos, puesto que somos sin vínculo, sin mo-

rada y sin despedida. Somos una generación sin despedida que se escabulle como los ladrones porque tiene miedo del grito de su corazón. Somos una generación sin retorno, pues no tenemos nada adonde podríamos retornar, y no tenemos a nadie en cuya casa nuestro corazón estuviera a buen recaudo... Así pues, nos hemos convertido en una generación sin despedida y sin retorno.

Sin embargo, somos una generación de la llegada. Quizá seamos una generación llena de llegada a una estrella nueva, en una nueva vida. Llena de llegada debajo de un sol nuevo, a nuevos corazones. Quizá estemos llenos de llegada a un amor nuevo, a una risa nueva, a un Dios nuevo.

Somos una generación sin despedida, pero sabemos que nos corresponden todas las llegadas.

Trenes de tarde y noche

El río y la carretera nos resultan demasiado lentos. Nos resultan demasiado tortuosos. Pues queremos ir a casa. No sabemos dónde cae eso de "en casa". Así y todo, queremos ir allí. Y la calle y el río nos resultan demasiado tortuosos.

Sobre los puentes y los diques retumban, sin embargo, los trenes. Los trenes de mercancías se acercan y alejan echando vapor, con su sucesión incesante de ruedas, a través de los bosques de respiración negrverde y de las noches sedosas, aterciopeladas, bordadas de estrellas. Avanzando a tumbos sobre millones de traviesas encallecidas. Imparables. Sin interrupción: los trenes. Retumbando sobre los diques, bramando sobre los puentes, acercándose atronadores desde la bruma, esfumándose en la oscuridad: trenes zumbadores, ronroneantes. Trenes de mercancías que son, como nosotros, susurrantes, raudos, en cierto modo perezosos y sin descanso.

Son como nosotros. Se anuncian ostentosos, magníficos, ya desde una distancia enorme con un grito. Luego llegan igual que una tormenta y como asombrados por los mundos que han dejado revueltos. En tales ocasiones se parecen todos y son una y otra vez

Horrendo o no horrendo, dijo el soldado, no tenemos otra cosa. Lo importante es que esté caliente.

Hizo rodar el tubito de vidrio sobre la mesa. Cayó al suelo. Y se rompió. (¿Y Dios? No oyó aquel ruido pequeño y feo. Si había estallado un tubito de vidrio... o un corazón, Dios no había oído nada de aquello. A fin de cuentas, no tenía orejas. He ahí la razón. No tenía orejas).

El reloj de cocina

Lo vieron venir a su encuentro desde lejos, pues su aspecto llamaba la atención. Tenía una cara sumamente aviejada, pero por la forma de caminar se notaba que acababa de cumplir veinte años. Se sentó junto a ellos en el banco con su cara vieja. Y entonces les enseñó lo que llevaba en la mano.

Era nuestro reloj de cocina, dijo, y miró de uno en uno a cuantos estaban sentados en el banco al sol. Sí, lo he podido encontrar. Se ha salvado.

Sostenía un reloj circular de cocina, blanco como un plato, y restañó con los dedos los números pintados de azul.

No tiene ningún valor, dijo en son de disculpa, ya sé. Y tampoco es demasiado bonito. Sólo es como un plato esmaltado de blanco. Pero los números azules tienen, de todos modos, una pinta muy bonita, me parece. Naturalmente, las agujas sólo son de hojalata. Y ahora ya no van. No. Por dentro está roto, no hay la menor duda. Pero conserva la apariencia de siempre, aunque ya no funciona.

Con la yema de un dedo dio cuidadosamente una vuelta por el borde del disco del reloj. Y dijo en voz baja: Y es lo que se ha salvado.

Los que estaban sentados en el banco al sol no lo miraron. Uno miraba sus zapatos y la mujer miraba dentro de su carrito de bebé.

Luego, alguien dijo:

¿Acaso usted lo ha perdido todo?
Sí, sí, dijo él con alegría, ¡piense usted que todo! Sólo esto se ha salvado. Y levantó de nuevo el reloj como si los demás aún no lo conocieran.

Pero ya no funciona, dijo la mujer.

No, no, eso no. Está roto, ya lo sé. Pero, por lo demás, está igual que siempre: blanco y azul. Y otra vez volvió a mostrarles el reloj. Y lo más bonito, prosiguió excitado, todavía no se lo he contado a ustedes. Lo más bonito aún está por venir: Piensen que se quedó parado a las dos y media. Precisamente a las dos y media, ¡piénsenlo!

Así pues, su casa recibió seguramente el impacto a las dos y media, dijo el hombre y adelantó, dándose aires de importancia, el labio inferior. Eso lo he oído muchas veces. Cuando caen las bombas, los relojes se quedan parados. Es a causa de la onda expansiva.

Él miró su reloj y sacudió la cabeza con gesto de superioridad. No, querido señor, no, ahí usted se equivoca. No tiene nada que ver con las bombas. No debería usted hablar siempre de las bombas. No. A las dos y media hubo otra cosa totalmente distinta que usted no conoce. Eso es precisamente lo gracioso, que justo a las dos y media se quedara parado. Y no a las cuatro y cuarto o a las siete. A las dos y media solía yo llegar siempre a casa. Por la noche, quiero decir. Casi siempre a las dos y media. Eso es justamente lo gracioso.

Miró a los otros, pero ellos habían apartado los ojos de él. No los encontró. En esto, le hizo un gesto afirmativo a su reloj: Naturalmente yo solía tener a esa hora hambre, ¿saben? E iba sin demora a la cocina. Casi siempre eran las dos y media. Y entonces, entonces venía mi madre. Por mucho que yo abriera la puerta con sigilo, ella siempre me oía. Y cada vez que buscaba en la cocina a oscuras algo de comer, se encendía de pronto la luz. Entonces allí estaba ella con su chaqueta de lana y una bufanda roja. Y descalza. Siempre descalza. Y eso que teníamos la cocina embaldosada. Y ella ponía unos ojos pequeñitos porque la luz le resultaba demasiado fuerte. Pues ella había dormido. Al fin y al cabo era de noche.

Otra vez tan tarde, solía decir ella. No decía más. Sólo: Otra vez tan tarde. Y a continuación me calentaba la cena y miraba cómo comía. Mientras, se frotaba un pie ya que las baldosas estaban tan frías. Por las noches nunca se ponía zapatos. Permanecía sentada a mi lado hasta que me saciaba. Y luego le oía retirar los platos cuando yo ya había apagado la luz en mi habitación. Todas las noches sucedía así. Y por regla general a las dos y media. Me parecía perfectamente natural que me preparara la cena a las dos y media en la cocina. Me parecía completamente natural. Ella lo hacía siempre. Y nunca decía nada sino: Otra vez tan tarde. Pero es que lo decía cada vez. Y yo pensaba que aquello no acabaría nunca. Me resultaba tan natural. Después de todo, siempre había sido así.

Durante un instante hubo silencio en el banco. Luego dijo él en voz baja: ¿Y ahora? Miró a los otros. Pero no los encontró. Entonces dijo bajito a la cara blanquiazul, redonda, del reloj: Ahora, ahora sé que era el paraíso. El verdadero paraíso.

En el banco todos callaban. Después preguntó la mujer: ¿Y su familia?

Él sonrió azorado: Ah, ¿se refiere a mis padres? Sí, también han desaparecido. Todo ha desaparecido. Todo, imagínese. Todo desaparecido.

Dirigió azorado una sonrisa a uno y otro. Pero ellos no lo miraron.

Levantó de nuevo el reloj y se rió. Se rió: Sólo esto de aquí. Es lo que ha quedado. Y lo más bonito es que precisamente se quedó parado a las dos y media. Precisamente a las dos y media.

Después ya no dijo nada. Pero tenía una cara muy aviejada. Y el hombre que estaba sentado a su lado le miraba los zapatos. Pero él no veía sus zapatos. Él seguía pensando en la palabra paraíso.

Quizá tenga una camisa rosa

Los dos estaban sentados sobre el pretil del puente. Sus pantalones eran de tela fina y el pretil estaba helado. Pero uno se acostumbra-

¿Viudo?, preguntó el policía mostrándose interesado.
Qué va, separado, dijo el otro.

Seguro que era un forastero, dijo una dama mayor. Y todos volvieron a mirar el resto de ser humano en medio de ellos. Casi lo habían olvidado.

Pues no, sacudía el conductor la cabeza, no hay nada que hacer. Éste está en el más allá. Totalmente.

Cuando los dos peones camineros, al caer la tarde, se dirigían a casa con las botellas de café vacías, se le ocurrió a uno de ellos en el tranvía:

Oye, el pequeño se enfadaría de lo lindo si aún pudiera. Justo cuando acababa de salir del otro lado. Un mozo como él.

(Sin embargo, el asfaltador se equivocaba. Erwin Knoke, ahora ni contable ni número 1.563, sino tan sólo Erwin Knoke, vagabundeaba en plan aventurero, con una cerbatana fabulosa y un sinfín de bolas de brea, por los eternos cotos de caza de Winnetou. Y disparaba y acertaba con sus bolas de brea, amasadas por él mismo, a todo lo que quería. Había leído sus libros de indios y, a falta de otras fantasías sobre la eternidad, los eternos cotos de caza se le aparecían de continuo a su alrededor. Tal había sido su único, modesto y pequeño vicio).

El pan

De repente, ella se despertó. Eran las dos y media. Se puso a pensar por qué se había despertado. ¡Ah, bueno! En la cocina, alguien había tropezado con una silla. Ella aguzó el oído en aquella dirección. Había silencio. Había demasiado silencio y cuando ella pasó la mano por su costado, sobre la cama, lo encontró vacío. Eso era lo que hacía aquel silencio tan especial: faltaba la respiración de él. Se levantó y fue tanteando por el piso a oscuras hasta la cocina. En la cocina se encontraron. El reloj señalaba las dos y media. Ella vio algo blanco junto a la alacena. Encendió la luz. Estaban en camión uno frente a otro. De noche. A las dos y media. En la cocina.

Encima de la mesa había un plato de pan. Ella vio que él se había cortado un pedazo. El cuchillo aún estaba junto al plato. Y sobre el mantel se esparcían migas. Cuando al anochecer iban a la cama, ella limpiaba siempre el paño de la mesa. Cada noche. Pero ahora había migas esparcidas por el paño. Y el cuchillo estaba allí. Sintió que el frío de las baldosas le subía por dentro poco a poco. Y apartó la mirada del plato.

“Pensaba que aquí pasaba algo”, dijo él, y se volvió a mirar por la cocina.

“Yo también he oído algo”, respondió ella, y en ese momento se le figuró que por la noche, en camisón, él parecía bastante viejo. Tan viejo como era. Sesenta y tres años. A veces, durante el día, tenía un aspecto más joven. Ella sí que parece vieja, pensó él. En camisón parece, desde luego, bastante vieja. Quizá sea por el pelo. La hace de repente tan mayor.

“Deberías haberte puesto zapatos. Vas descalzo por un suelo tan frío. A ver si te vas a resfriar”.

No lo miraba porque no podía soportar que él mintiese. Que mintiera después de treinta y nueve años de casados.

“He pensado que aquí pasaba algo”, dijo él de nuevo y tendió absurdamente la mirada de un rincón a otro. “He oído algo por aquí. Entonces he pensado que pasaba algo”.

“Yo también he oído algo. Pero, por lo visto, no era nada”. Retiró el plato de la mesa y sacudió las migas del mantel.

“Por lo visto no era nada”, repitió él, inseguro, como un eco.

Ella le echó un capote: “Ven. Habrá sido fuera. Ven a la cama. No sea que te resfríes. Sobre las baldosas frías”.

Él miró hacia la ventana. “Sí, habrá sido seguramente fuera. Yo he pensado que habría sido aquí”.

Ella levantó la mano hasta el interruptor. Tengo que apagar ahora la luz; si no, tendré que mirar el plato, pensó. No debo mirar el plato. “Ven”, dijo, y apagó la luz. “Habrá sido fuera. Siempre que sopla el viento, el canalón pega contra la pared. Seguramente habrá sido el canalón. Cuando hay viento siempre hace ruido”.

A tientas atravesaron el corredor en dirección al dormitorio. Sus pies descalzos sonaban en el suelo.

“Viento sí que hace”, dijo él. “Toda la noche anda soplando el viento”. Una vez acostados en la cama, ella dijo: “Sí, el viento anda soplando toda la noche. Sin duda habrá sido el canalón”.

“Sí, yo pensaba que había sido en la cocina. Sin duda habrá sido el canalón”. Dijo esto como si estuviera ya medio dormido.

Ella, sin embargo, notó lo falsa que sonaba su voz al mentir. “Hace frío”, dijo, y bostezó en silencio. “Me voy a acurrucar debajo de la manta. Buenas noches”.

“Buenas noches”, respondió él, y añadió: “Sí, hace un frío de alivio”.

Después se hizo el silencio. Al cabo de largos minutos, ella oyó que él masticaba callandito y con cuidado. Ella respiraba adrede profunda y regularmente para que él no advirtiera que estaba despierta. Con todo, su masticación era tan regular que ella poco a poco se durmió.

A la tarde siguiente, cuando él volvió a casa, ella le alcanzó cuatro rebanadas de pan. Por lo general, podía comer sólo tres.

“Come tranquilo las cuatro”, le dijo, y se apartó de la lámpara. “A mí no me sienta del todo bien ese pan. Come una más. A mí no me sienta tan bien”.

Vio como se inclinaba sobre su plato, sin levantar la mirada. En ese momento se compadeció de él.

“Tú no puedes comer sólo dos rebanadas”, dijo sobre su plato.

“Sí. Por las tardes no me sienta bien el pan. Come. Come”.

Hasta que no hubo transcurrido un rato no se sentó ella a la mesa, bajo la lámpara.

El ojo de Dios

Redondo y con los bordes rojos, el ojo de Dios se hallaba en el centro de un blanco plato sopero. El plato estaba sobre nuestra mesa de cocina. Las entrañas sanguinolentas y el esqueleto pálido como la leche de un pez grande daban a la mesa un aspecto de campo de batalla. El ojo dentro del plato blanco pertenecía a un bacalao que

Era la misma tierra. Todo, la misma tierra.

En el año 5000, un topo que echó una mirada fuera de la tierra, comprobó aliviado:

Los árboles todavía son árboles.

Los grajos todavía graznan.

Y los perros todavía levantan la pata.

Los eperlanos y las estrellas,

el musgo y el mar

y los mosquitos:

todos son como eran.

Y de vez en cuando...

de vez en cuando uno encuentra a un ser humano.

¡Entonces sólo hay una salida!

Tú. Hombre junto a la máquina y hombre en el taller. Si mañana te ordenan que no hagas más cañerías ni cazuelas..., sino cascos de acero y ametralladoras, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Muchacha detrás del mostrador de la tienda y muchacha en la oficina. Si mañana te ordenan que pongas carga en las granadas y montes miras telescópicas en los fusiles de los tiradores de precisión, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Dueño de la fábrica. Si mañana te ordenan que en lugar de polvos de tocador y cacao vendas pólvora, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Investigador en el laboratorio. Si mañana te ordenan que inventes una nueva muerte contra la vieja vida, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Poeta en tu habitación. Si mañana te ordenan que cantes

canciones de odio y no canciones de amor, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Médico junto a la cama del enfermo. Si mañana te ordenan que declares aptos para la guerra a los hombres, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Cura en el púlpito. Si mañana te ordenan que bendigas el crimen y consagres la guerra, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Capitán en el barco de vapor. Si mañana te ordenan que no transportes trigo... sino cañones y carros de combate, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Piloto en el campo de aviación. Si mañana te ordenan que lleves bombas y fósforo sobre las ciudades, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Sastre en tu mesa de coser. Si mañana te ordenan que confecciones uniformes, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Juez con la toga. Si mañana te ordenan que vayas a un tribunal de guerra, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Hombre en la estación. Si mañana te ordenan que des la señal para la partida de los trenes con munición y el transporte de tropas, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Hombre en el pueblo y hombre en la ciudad. Si mañana vienen y te llevan la orden de ingresar en filas, entonces sólo hay una salida:

¡Di NO!

Tú. Madre en Normandía y madre en Ucrania; tú, madre en Frisco y en Londres; tú, a orillas del Amarillo o del Misisipi; tú, madre en Nápoles y Hamburgo y El Cairo y Oslo...; madres en todos los continentes; madres del mundo, si mañana os ordenan que alumbréis hijos, enfermeras para los hospitales de campaña y nue-

vos soldados para nuevas batallas; madres del mundo, entonces sólo hay una salida:

¡Decid NO! Madres, ¡decid NO!

Pues si no decís NO, si VOSOTRAS no decís no, madres, entonces:

entonces:

en las ruidosas y brumosas ciudades portuarias, los grandes barcos callarán gimientes y oscilarán como titánicos restos de mamut, perezosos cadáveres en el agua, contra los muros muertos y solitarios de los muelles, pudriéndose revestido de algas, hierba marina y conchas el cuerpo antaño tan reluciente y estruendoso, hecho cementerio, pez con olor a podrido, blando, achacoso, muerto...

los tranvías estarán tirados como jaulas absurdas, mates, con ojos de vidrio, estúpidamente abollados y desconchados junto a los revueltos esqueletos de acero de los cables del tendido y los raíles, detrás de cobertizos podridos con los tejados llenos de agujeros, en calles perdidas, destrozadas por los cráteres...

un silencio de barro gris, pastoso, plomizo, se acercará revolcándose voraz, creciente; crecerá en las escuelas y universidades y teatros, en campos de deporte y lugares de recreo para los niños, espantoso y ávido, imparable...

la soleada, jugosa parra se pudrirá en las laderas desmoronadas, el arroz se agostará en la tierra reseca, la patata se helará en los campos yermos y las vacas estirarán sus patas mortalmente rígidas, como banquetas volcadas de ordeñador, hacia el cielo...

en los institutos se agriarán, corromperán, llenarán de moho los inventos geniales de los grandes médicos...

en las cocinas, aposentos y sótanos, en los almacenes frigoríficos y graneros, se perderán los últimos sacos de harina, los últimos frascos de fresas, calabaza y jugo de cerezas..., el pan bajo las mesas volcadas y sobre los platos reventados se tornará verde y la mantequilla derramada apestará como jabón blando, los cereales caerán en los campos junto a los arados herrumbrosos como un ejército abatido y las chimeneas humeantes de ladrillo, las fraguas y los conductos para el humo de las ruidosas fábricas, cu-

biertas de hierba perpetua, se caerán en pedazos..., en pedazos..., en pedazos...

luego vagará el último ser humano con los intestinos desgarrados y los pulmones infestados de pestilencia, sin respuesta y solo bajo el sol venenosamente ardiente y bajo las rocas oscilantes, solo entre las inmensas fosas comunes y los fríos ídolos de la ciudad gigantesca, devastada, con sus moles de cemento; el último ser humano, enjuto, enajenado, blasfemador, quejumbroso... y su queja terrible: ¿POR QUÉ?, pasará sin ser oída en la estepa, volará a través de las ruinas reventadas, se escurrirá por los escombros de las iglesias, resonará contra los altos búnkeres, caerá en charcos de sangre, sin ser oída, sin respuesta, último grito animal del último animal hombre..., todo eso sucederá mañana, quizá mañana, quizá esta misma noche, quizá esta noche, si... si...

si no decís NO.

Carta desde Rusia

Uno se vuelve brutal.
Eso se debe al viento
ferruginoso. Pero a veces el arrugado
corazón aún abriga sensaciones líricas.
Un casco de acero a la luz del sol matinal.
Un pinzón canta y el casco se oxida.
¿Cuánto costará en la patria un cuarto
con cama y agua caliente?
¡Si no estuviera uno tan cansado!

Pero las piernas pesan.
¿Te queda un pedazo de pan?
Mañana tomaremos el bosque.
La vida está aquí, no obstante, tan muerta.
Hasta las estrellas son extrañas y frías.
Y las casas están
como construidas al azar.
Sólo de vez en cuando se ve a un niño
pero su piel es una maravilla.

Junto a la ventana de una fonda cerca del lago Steinhuder

De camino a casa en 1945

Las flores del manzano se cierran poco a poco
con el verso vespertino de la dulce garganta del pájaro.
Las ranas se arraciman al pie del embarcadero.
La abeja, con su zumbido, calma el día...
Sólo mi alma
sigue su camino.

La carretera siente añoranza de la ciudad cercana,
donde la vida sigue ardiendo por la noche
porque aquí los corazones aún palpitan.
Quienquiera que carezca ahora de hogar,
cuando la noche lo toma en su poder,
tendrá que preguntarse largo tiempo:

Por qué las flores están libres de pena...
por qué los pájaros no lloran nunca...
y si la luna está quizá también cansada.

Y entonces un viento silencioso se apiada de uno
hasta que —dormido— se olvida del mundo.